

CAPITULO II

DE SU EFECTO SOBRE LA DISTRIBUCION Y, POR ENDE, SOBRE LA PRODUCCION

¹ Mas, por grandes que parezcan, las ventajas de transferir todas las cargas públicas a un impuesto sobre el valor de la tierra no pueden ser totalmente apreciadas, hasta que consideremos el efecto sobre la distribución de la riqueza.

² Al investigar la causa de la distribución desigual de la riqueza, que aparece en todos los países civilizados, con una tendencia constante hacia una desigualdad cada vez mayor, a medida que el progreso material adelanta, la hemos encontrado en el hecho de que, a medida que la civilización avanza, la propiedad de la tierra, ahora en manos privadas, confiere un poder, cada vez mayor, de apropiarse la riqueza producida por el trabajo y el capital.

³ Por lo tanto, al aliviar al trabajo y al capital de todos los impuestos directos e indirectos, y echar la carga sobre la renta, se conseguiría contrarrestar esta tendencia a la desigualdad, hasta el punto de que, si se llegase a tomar toda la renta por medio del impuesto, la causa de la desigualdad quedaría destruida por completo. La renta, en vez de causar la desigualdad como ahora, promovería la igualdad. El trabajo y el capital recibirían entonces todo el producto, menos aquella porción tomada por el Estado por medio del impuesto sobre el valor de la tierra, que, siendo

aplicado a fines públicos, sería igualmente distribuida en beneficio público.

4 Es decir, la riqueza producida en cada país se dividiría en dos partes. Una de ellas se distribuiría en salarios e interés entre los productores individuales, según la proporción en que cada uno interviniese en la producción; la otra iría a la comunidad en conjunto para ser distribuida en públicos beneficios para todos sus miembros. De esta parte todos participarían por un igual —el débil como el fuerte, los niños como los ancianos decrepitos, el mutilado, el cojo, el ciego, tanto como el vigoroso—. Y esto con justicia, porque mientras que una parte representa el resultado del esfuerzo individual en la producción, la otra representa el mayor poder con que la sociedad, como conjunto, auxilia al individuo.

5 Así, ya que el progreso material tiende a aumentar la renta, si la sociedad se la apropiase para fines comunes, la misma causa que ahora tiende a producir la desigualdad a medida que el progreso avanza, tendería entonces a producir una igualdad cada vez mayor. Para comprender bien este efecto, volvamos a los principios antes obtenidos.

6 Hemos visto que el salario y el interés son fijados en todas partes por la línea de la renta o margen del cultivo, es decir, por el fruto que el trabajo y el capital pueden obtener en la tierra por la cual no se paga renta; que la suma total de riqueza que el conjunto del trabajo y el capital empleados en la producción recibirán, será la totalidad de la riqueza producida (o, mejor dicho, el importe neto, si tenemos en cuenta las contribuciones) menos lo que se perciba como renta.

7 Hemos visto que en el progreso material, tal como actualmente se verifica, existen dos tendencias hacia el aumento de la renta. Ambas tienden a aumentar la parte proporcional que la renta se lleva de la riqueza producida, y a disminuir la parte proporcional que se llevan los salarios y el interés. Pero la primera, o tendencia natural, que resulta de las leyes del desarrollo social, es el aumen-

to de la renta en cantidad, sin reducir los salarios y el interés en cantidad o hasta aumentándolos cuantitativamente. La otra tendencia, que resulta de la antinatural apropiación de la tierra como propiedad privada, es hacia el aumento de la renta en cantidad, por la reducción de los salarios e interés en cantidad.

Ahora bien, es evidente que tomar la renta para fines públicos, lo cual es virtualmente abolir la propiedad privada de la tierra, sería destruir la tendencia a una disminución absoluta de los salarios e interés, por destruir el monopolio especulativo de la tierra y el aumento especulativo de la renta. Aumentaría grandemente los salarios y el interés, por abrirse de par en par los elementos naturales ahora monopolizados y reducir el precio de la tierra. El trabajo y el capital ganarían no solamente lo que ahora se les quita con los impuestos, sino que ganarían por una positiva disminución de la renta, originada por el descenso del valor especulativo de la tierra. Se establecería un nuevo equilibrio, en el cual el tipo común de los salarios y del interés sería muy superior al de ahora.

Pero, establecido este nuevo equilibrio, ulteriores avances en el poder productivo (y la tendencia en este sentido sería grandemente acelerada) originarían un ulterior aumento de la renta, no a expensas del salario ni del interés, sino por nuevas ganancias en la producción, aumento que, como la renta sería tomada por la sociedad para usos públicos, redundaría en beneficio de cada uno de los miembros de la sociedad. De este modo, a medida que el progreso material avanzase, la condición de las masas mejoraría constantemente. No se haría más rica una sola clase, sino que todos se harían más ricos; no tendría una sola clase más cosas para satisfacer las necesidades y comodidades y lujos de la vida, sino que todos tendrían más. Porque el creciente poder productor, que viene con el aumento de la población, con cada nuevo descubrimiento en las artes productoras, con cada invención que economice el trabajo, con cada extensión y facilidad en los cambios, no podría ser monopolizado por nadie. Aquella parte del benefi-

cio que no fuese directamente a aumentar la recompensa del trabajo y del capital, iría al Estado, es decir, a toda la comunidad. A las enormes ventajas materiales e intelectuales de una población densa, se unirían la libertad e igualdad que ahora sólo pueden encontrarse en países nuevos y poco poblados.

10 Y considérese entonces cómo la igualdad en la distribución de la riqueza reaccionaría sobre la producción, impidiendo por doquiera el despilfarro y aumentando por doquiera el poder.

11 Si fuera posible expresar en cifras la pérdida pecuniaria directa que la sociedad sufre a causa de la mala organización social que condena a las clases numerosas a la pobreza y al vicio, la cifra espantaría. En Inglaterra, la beneficencia pública mantiene a más de un millón de pobres. La ciudad de Nueva York sola emplea de análogo modo más de siete millones de dólares al año. Pero lo que se paga de los fondos públicos, lo que gastan las sociedades caritativas y la caridad individual, sumado, no sería más que la primera partida, y la menor en la cuenta. Las ganancias potenciales del trabajo así despilfarradas; el coste de los hábitos de descuido, imprevisión, y holgazanería así engendrados; las pérdidas pecuniarias (no entrando en otras consideraciones) sugeridas por las aterradoras estadísticas de la mortalidad, especialmente la infantil, en las clases pobres; el despilfarro implicado por los bodegones y tabernas, que aumentan a medida que la pobreza se hace más profunda; el daño causado por la gusanera social nacida de la pobreza y del desamparo —ladrones, prostitutas, pordioseros y vagabundos—; el coste de custodiar la sociedad contra ellos; todas son partidas de la suma que la presente distribución, injusta y desigual, de la riqueza quita del total que, con los actuales medios de producción, la sociedad podría disfrutar. Y no hemos completado todavía la cuenta. La ignorancia y el vicio, el libertinaje y la inmoralidad, engendrados por la desigual distribución de la riqueza, se manifiestan a su vez en la imbecilidad y corrupción del Estado; y la dilapidación del erario, así como el mayor despilfarro implicado por los abusos de la ignorancia y la

corrupción de los poderes y funciones públicas, son sus genuinas consecuencias.

¹² Pero el aumento de los salarios y la apertura de nuevas vías de empleo, que resultarían de la apropiación de la renta para fines públicos, no sólo evitaría esta disipación y aliviaría a la sociedad de estas pérdidas enormes; un nuevo poder se uniría al trabajo. Es una verdad evidente que el trabajo produce más donde los salarios son mayores. En todo el mundo, el trabajo poco pagado es trabajo ineficaz.

¹³ Lo que se ha observado respecto a la eficacia del trabajo en los distritos agrícolas de Inglaterra donde hay diferentes tipos de salarios; lo que Brassey notó entre el trabajo hecho por sus braceros ingleses, mejor pagados, y el ejecutado por los del continente, peor pagados; lo que era evidente en Estados Unidos entre el trabajo esclavo y el trabajo libre; lo que se ve por el extraordinario número de obreros o sirvientes que en la India o China se necesitan para hacer cualquier cosa, es universalmente verdad. La eficacia del trabajo aumenta siempre con el habitual salario del trabajo —porque salarios altos significan dignidad, inteligencia, esperanza y energía mayores—. El hombre no es una máquina que hará tanto y no más; no es un animal cuyas facultades alcanzan hasta un punto del que no pasan. El espíritu, no el músculo, es el gran agente de la producción. El poder físico que puede desplegar el organismo humano es una de las fuerzas más débiles; pero por la inteligencia humana fluyen las irresistibles corrientes de la Naturaleza, y la materia se vuelve dócil a la voluntad del hombre. Aumentar las comodidades, el descanso y la independencia de las masas, es aumentar su inteligencia; es inducir al cerebro a que auxilie a la mano; es hacer entrar en la obra común de la vida la facultad que mide el ser microscópico y descubre las órbitas de los astros.

¹⁴ ¡Quién es capaz de decir hasta qué infinitos poderes la capacidad del trabajo productor de la riqueza podría ser levantada por una organización social que diese a los productores la justa pro-

porción de sus ventajas y goces! Con los actuales medios, las ventajas serían incalculables. Pero a medida que subieran los salarios, la invención y el empleo de procedimientos perfeccionados y de la maquinaria avanzarían con mayor rapidez y facilidad. Si las cosechas de trigo del Sur de Rusia se siegan todavía con la guadaña y se desgranán con el mayal, es sencillamente porque los salarios son allí tan bajos. La inventiva americana, la aptitud americana para los procedimientos y maquinarias economizadores de trabajo, son el resultado de los salarios relativamente altos que han prevalecido en Estados Unidos. Si nuestros productores hubiesen estado condenados a la ínfima paga del labrador egipcio o chino, aún estaríamos sacando agua a mano y transportando la mercancía a hombros. El aumento en la remuneración del trabajo y del capital estimularía aún más la inventiva y apresuraría la adopción de métodos perfeccionados, y éstos aparecerían verdaderamente lo que son realmente: un bien sin mezcla. Desaparecerían los dañosos efectos de las máquinas economizadoras de trabajo sobre las clases trabajadoras, ahora manifiestos tan a menudo, y que, a pesar de todos los razonamientos, hacen que mucha gente considere la maquinaria no como un favor del cielo, sino como un mal. Cada nuevo poder que entrase al servicio del hombre mejoraría la condición de todos. Y de la inteligencia y actividad mental generales debidas a la general mejora de condiciones, nacerían nuevos crecimientos del poder que no podemos ni soñar.

15

Pero no negaré, y no quiero aún dejar de advertirlo, que, aunque así se evitaría el despilfarro y se aumentaría la eficacia del trabajo, la igualdad en la distribución de la riqueza, que resultaría del sencillo plan de tributación que he propuesto, tiene que disminuir la intensidad con que se persigue la riqueza. Me parece que, en un estado social en que nadie temiera la pobreza, nadie desearía gran riqueza —al menos, nadie se atormentaría hasta el punto de luchar y extenuarse por ella, como los hombres hacen ahora—. Porque, ciertamente, el espectáculo ofrecido por hombres

que, teniendo sólo algunos años de vida, los pasan esclavizados por el afán de morir ricos, es, en sí mismo, tan antinatural y absurdo que, en una sociedad donde la supresión del miedo a la pobreza hubiese disipado la envidiosa admiración con que la mayoría de los hombres miran ahora la posesión de grandes riquezas, el que trabajase para adquirir más de lo que pudiera disfrutar, sería mirado como ahora miraríamos al que se cubriese la cabeza con media docena de sombreros o anduviese bajo un sol ardiente con el gabán puesto. Cuando todos estén seguros de poder ganar lo suficiente, nadie querrá hacer de sí mismo una bestia de carga.

16 Y aunque este incentivo para la producción desapareciera, ¿no podremos acaso pasarnos sin él? Cualquiera que haya sido su misión en una fase anterior de evolución, ahora no se necesita. Los peligros que amenazan a nuestra civilización no provienen de la debilidad de las fuentes de producción. ¡De lo que padece y ha de morir, si no se remedia, es de la distribución injusta.

17 Tampoco sería pura pérdida, desde el solo punto de vista de la producción, la supresión de este incentivo. Porque uno de los más molestos hechos de la sociedad moderna es que el conjunto de la producción se reduce mucho por la codicia con que se persigue la riqueza. Y si se disminuyese este deseo insano de llegar a toda costa a ser rico, las actividades intelectuales que ahora se invierten en arrebatar riqueza, se trasladarían a esferas de más alta utilidad.